



Oficina de Asuntos Públicos

6 de enero de 2022: discurso del obispo primado Michael Curry a la nación

Un momento de peligro y promesa

La pesadilla del pasado 6 de enero no fue sólo un suceso. Fue una revelación. Fue una revelación de divisiones profundamente peligrosas [que existen] en nuestra nación, algunas políticas, algunas ideológicas, algunas raciales y algunas disfrazadas de religiosas.

Pero también fue una revelación de que hay fuerzas que buscan y se empeñan deliberadamente en dividirnos. Si no se controla, no se aborda y no se cura, esto puede conducir a la decadencia y la deconstrucción de nuestra nación y lograr que resulte imposible para nosotros esforzarnos en ser «una sola nación sujeta a Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos».

La pesadilla del 6 de enero no fue sólo un suceso; fue una revelación. Pero fue una revelación en otro sentido. Ese día, y nuestra respuesta a él, encierran posibilidades tanto de peligro como de promesa.

El peligro es la posibilidad de la decadencia, de la deconstrucción e incluso de la destrucción de nuestra nación y de sus valores más preciados. Pero ese peligro es sólo inevitable si, como dijo William Butler Yeats en otro contexto, «los mejores carecen de toda convicción mientras que los peores están llenos de apasionada intensidad».

Pero la promesa es el resurgimiento y la renovación de Estados Unidos como la democracia multirracial, multiétnica y pluralista que nuestros fundadores imaginaron cuando iniciaron este experimento. Esa promesa se convierte en una posibilidad real y mayor si hay bastantes de nosotros que reunimos el valor espiritual necesario para exigirla.

No es una exageración decir que vivimos en un momento moral de peligro y de promesa espirituales.

Un momento así exige una visión moral que vea más allá del mero interés propio y contemple el bien común, una fuerza espiritual más fuerte que cualquier espada.

Permítanme sugerir tres claves espirituales para esto.

1. Renovar nuestra relación con Dios

Primera, debemos renovar nuestra relación con el Dios que dice la Biblia que «es amor». Con el Dios que es el Creador de todos nosotros.

Cada uno de nosotros debe encontrar nuestra senda para conectarnos con Dios de maneras que sea amorosa, liberadora y vivificadora. Lo hago como alguien que se esfuerza por seguir a Jesucristo y su camino del amor. Cada uno de nosotros debe encontrar el camino que es auténtico para nosotros.

El Dr. Martin Luther King Jr., por ejemplo, preparó un conjunto de principios morales y espirituales en la década del 50, los cuales les propuso a los que estaban comprometidos con la forma no violenta del cambio a que estudiaran y vivieran.

Incluían principios como estos:

- Recuerden que el movimiento no violento busca justicia y reconciliación, no victoria.
- Anden y hablen motivados por el amor, porque Dios es amor.
- Oren todos los días para que Dios los use a fin de que todos los hombres y mujeres sean libres
- Sacrifiquen los deseos personales para que todos sean libres.
- Observen con amigos y enemigos las reglas ordinarias de la cortesía.
- Absténganse de la violencia de obra, de palabra y de corazón.

Me atrevería a decir que hoy podríamos utilizar esos principios. Pero su primer principio fue:

- Antes de marchar [en protesta], mediten en la vida y las enseñanzas de Jesús.

La sabiduría detrás de esto era que para ser verdaderamente un instrumento de amor desinteresado y sacrificado, para buscar verdaderamente la justicia y no la mera venganza, para laborar verdaderamente por la realización de la Amada Comunidad de Dios para todos nosotros y no sólo para algunos de nosotros, aquí en la tierra como en el cielo, para ser verdaderamente un instrumento de amor, necesitamos las mismas energías del amor provenientes de la fuente de todo amor que nos ayude a convertirnos en instrumentos y vasijas de ese amor.

Para amar de verdad, para hacer justicia de verdad, para amar de verdad la misericordia, como dijo el profeta Miqueas, debemos caminar humildemente con Dios. Para vivir verdaderamente por amor, necesitamos conectarnos con la energía misma del amor. Sin

importar cómo lo hagas, sea cual fuere tu senda, encuentra el camino hacia una relación amorosa, liberadora y vivificadora con Dios.

2. Revivir nuestra relación con los demás

En segundo lugar, debemos revivir nuestra relación entre nosotros como hijos del Dios que nos hizo a todos y, por lo tanto, como hermanos y hermanas, como la familia humana de Dios. El difunto arzobispo Desmond Tutu dijo una vez: «Si quieres la paz, no hables con tus amigos. Habla con tus enemigos». La forma en que tratamos y nos relacionamos con los demás es una decisión.

En el siglo pasado, Martin Buber nos enseñó que podemos relacionarnos entre nosotros y con el mundo mismo como yo-ello o yo-tú. Si otras personas y, de hecho, el mundo creado como tal son vistos y tratados como ELLO, entonces se les trata como cosas, como objetos a los cuales usar e incluso de los cuales abusar. Existen para nuestros caprichos. Pero si la otra persona y el mundo creado como tal son vistos y tratados como TÚ, como santos, como sagrados, entonces son amados, honrados, respetados, apreciados y cuidados. Cuán diferente sería nuestra política, cuán diferentes serían nuestras relaciones entre nosotros, cuán diferente sería nuestra nación si trabajáramos para conocer y cultivar las relaciones con nuestros hermanos y hermanas.

3. Resucitar nuestro compromiso con los ideales que compartimos

En tercer lugar, debemos resucitar nuestro compromiso con los ideales y valores que compartimos. Tenemos algunos ideales y valores generalmente aceptados.

A pesar de sus imperfecciones, Thomas Jefferson expresó uno de esos ideales cuando escribió en la Declaración de Independencia:

«Sostenemos que estas verdades son evidentes por sí mismas, que todos los hombres son creados iguales, que están dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales se cuentan la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad».

Abraham Lincoln expresó estos valores cuando dijo en el discurso de Gettysburg: «Hace ochenta y siete años nuestros padres crearon, en este continente, una nueva nación, concebida en la libertad y dedicada a la proposición de que todos los hombres son creados iguales».

A cada uno de nosotros nos enseñaron estas palabras de un noble ideal cuando éramos niños en la escuela.

Juro lealtad a la bandera
de los Estados Unidos de América
y a la república que representa
una sola nación, sujeta a Dios, indivisible
con libertad y justicia para todos

Podemos y estaremos en desacuerdo en muchas cosas. Podemos y nos esforzaremos y fallaremos y nos heriremos unos a otros y pediremos perdón en el camino. Pero tenemos algunos ideales y valores que compartimos. Y uno de esos ideales, creo, es nuestro experimento en la democracia misma, nuestra forma representativa de gobierno, basada en la promesa de libertad y justicia para todos, que a su vez se basa en la esperanza de que podamos ser una nación, incluso con nuestras muchas diferencias.

Sin duda, ninguna forma de gobierno humano alcanza la perfección. Sólo Dios es perfecto. El Preámbulo de la Constitución nos recuerda sabiamente que cada generación debe continuar el trabajo de formar «una unión más perfecta». No, nuestra democracia no es perfecta, pero ofrece la mejor esperanza hasta ahora concebida para un gobierno que fomenta la libertad humana, la igualdad de justicia ante la ley, la dignidad y la igualdad de todo ser humano que, como dice la Biblia, es hecho a imagen de Dios.

Reinhold Niebuhr lo dijo bien: «La capacidad del hombre para la justicia hace posible la democracia, pero la inclinación del hombre a la injusticia hace que la democracia sea necesaria». La democracia en sí misma es un ideal y un valor compartido que debemos sostener y esforzarnos en defender.

Una piedra angular casi sagrada de este ideal de democracia es el voto. El derecho individual al voto y nuestro respeto por la voluntad colectiva del pueblo expresada en sus votos son fundamentales para el templo que es la democracia. El voto y la voluntad colectiva del pueblo deben mantenerse como sagrados e inviolables; deben ser respetados y protegidos, «para que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la tierra». Seamos personas de convicción y elijamos la promesa que tenemos ante nosotros.

No lo pensamos de esta manera muy a menudo, pero el amor desinteresado y sacrificado de los unos por los otros bien puede ser el valor supremo del que depende la democracia. En el Gran Sello de los Estados Unidos, sobre el águila calva, hay una banda en la que aparecen escritas estas palabras en latín «e pluribus unum». Esas palabras significan, «de muchos, uno». Una nación proveniente de muchas personas diversas.

¿Pero saben de dónde provienen esas palabras? Proviene de los escritos de Cicerón, que vivió durante la época de la República romana. Cicerón dijo: «Cuando cada uno ama al otro tanto como a sí mismo, se convierte en uno entre muchos». En otras palabras, cuando cada uno ama al otro tanto como a sí mismo, hace posible el ser uno entre muchos. Eso es lo que escribió Cicerón sobre la democracia. Moisés y Jesús identificaron el amor como la ley suprema de Dios para toda la vida.

De hecho, este es un momento de peligro y de promesa. Pero si el amor es de hecho la ley suprema de Dios para la vida, como creo que lo es, entonces el amor desinteresado y sacrificado de Dios por los demás bien podría ser la clave para la vida de una nación y del mundo mismo. Esa forma de amor bien podría ser la clave para convertirnos

verdaderamente en «una sola nación sujeta a Dios, indivisible, con libertad y justicia para todos». ¡Ahí está la promesa!

#

Para más información dirijase a:
Amanda Skofstad
Encargada de Asuntos Públicos
De la Iglesia Episcopal
askofstad@episcopalchurch.org